



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO Y A SUDÁN DEL SUR

(Peregrinación ecuménica de paz a Sudán del Sur)

[31 de enero - 5 de febrero de 2023]

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Jardín del Palacio Presidencial de Yuba)

Viernes, 3 de febrero de 2023

[[Multimedia](#)]

*Señor Presidente de la República,
señores Vicepresidentes,
ilustres Miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático,
distinguidas Autoridades religiosas,
insignes Representantes de la sociedad civil y del mundo de la cultura,
señoras y señores:*

Gracias, señor Presidente, por sus palabras. Me alegra estar en esta tierra que llevo en el corazón. Le agradezco, señor Presidente, la bienvenida que me ha dirigido. Saludo cordialmente a cada uno de ustedes y, a través de ustedes, a todas las mujeres y a los hombres que habitan en este joven y querido país. Vengo como peregrino de reconciliación, con el sueño de acompañarles en su camino de paz, un camino tortuoso, pero que ya no puede ser postergado. No he llegado solo, porque en la paz, como en la vida, se camina juntos. Me encuentro ante ustedes con dos hermanos, el Arzobispo de Canterbury y el Moderador de la Asamblea general de la Iglesia de Escocia, a los que agradezco lo que nos dirán. Juntos, tendiéndoles la mano, nos presentamos a ustedes y a este pueblo en el nombre de Jesucristo, Príncipe de la paz.

Nos hemos embarcado en esta *peregrinación ecuménica de paz* después de haber escuchado el grito de todo un pueblo que, con gran dignidad, llora por la violencia que sufre, por la constante inseguridad, por la pobreza que lo golpea y por los desastres naturales que lo atormentan. Son años de guerras y conflictos que parecen no tener fin, incluso también recientemente, incluso ayer, se han verificado violentos enfrentamientos, mientras que los procesos de reconciliación y las promesas de paz permanecen incumplidas. Que este sufrimiento extenuante no sea en vano; que la paciencia y los sacrificios del pueblo sursudanés, de esta gente joven, humilde y valiente, interpelen a todos y, que como semillas que en la tierra dan vida a la planta, vean nacer brotes de paz que den fruto. Hermanos y hermanas, es la hora de la paz.

Aquí abundan los frutos y la vegetación gracias al gran río que atraviesa el país. Lo que el antiguo historiador Heródoto decía de Egipto, es decir, que era un “don del Nilo”, vale también para Sudán del Sur. Verdaderamente, como se dice aquí, esta es una “tierra de gran abundancia”. Quisiera por tanto dejarme transportar por la imagen del gran río que atraviesa este país reciente, pero con una historia antigua. Durante siglos los exploradores se han adentrado en el territorio en que nos encontramos para remontar el Nilo Blanco en búsqueda de las fuentes del río más largo del mundo. Quisiera comenzar mi itinerario con ustedes partiendo precisamente de la búsqueda de las fuentes de nuestra convivencia. Porque esta tierra, que abunda de muchos bienes en el subsuelo, pero, sobre todo, en los corazones y en las mentes de sus habitantes, hoy necesita volver a apagar su sed en fuentes frescas y vitales.

Distinguidas autoridades, ustedes son esas fuentes, las fuentes que riegan la convivencia común, los padres y las madres de este país niño. Ustedes están llamados a regenerar la vida social, como fuentes límpidas de prosperidad y de paz, porque esto es lo que necesitan los hijos de Sudán del Sur: necesitan padres, no patrones; pasos decididos hacia el desarrollo, no continuas caídas. Ya es hora de que los años sucesivos al nacimiento del país, marcados por una infancia herida, dejen paso a un crecimiento pacífico. Ilustres autoridades, vuestros “hijos” y la historia misma les recordarán si hacen el bien a esta población, que les has sido confiada para servirla. Las generaciones futuras honrarán o borrarán la memoria de sus nombres en base a cuanto ustedes hagan ahora, porque, así como el río deja las fuentes para comenzar su curso, también el curso de la historia dejará atrás a los enemigos de la paz y dará renombre a quienes trabajaron por la paz. En efecto, lo enseña la Escritura, «el que busca la paz tendrá una descendencia» (*Sal 37,37*).

La violencia, sin embargo, hace retroceder el curso de la historia. El mismo Heródoto mostraba el trastorno generacional, señalando cómo en la guerra no son los hijos quienes entierran a los padres, sino los padres los que entierran a los hijos (cf. *Historias* I,87). Para que esta tierra no quede reducida a un cementerio, sino que vuelva a ser un jardín floreciente, les ruego, de todo corazón, que acojan una palabra sencilla, que no es mía, sino de Cristo. Él la pronunció precisamente en un jardín, en el Getsemaní, cuando, ante el discípulo que había desenvainado la espada, dijo: «Basta» (*Lc 22,51*). Señor Presidente, señores Vicepresidentes, en nombre de Dios,

del Dios al que juntos rezamos en Roma; del Dios manso y humilde de corazón (cf. *Mt* 11,29), en el que mucha gente de vuestro país cree, ha llegado la hora de decir *basta*, sin condiciones y sin “peros”. Basta ya de sangre derramada, basta de conflictos, basta de agresiones y acusaciones recíprocas sobre quien haya sido culpable, basta de dejar al pueblo sediento de paz. Basta de destrucción, es la hora de la construcción. Hay que dejar atrás el tiempo de la guerra y propiciar un tiempo de paz. Y sobre esto, señor Presidente, me viene al corazón ese coloquio nocturno que hace tantos años tuvimos en Uganda. Su voluntad de paz estaba allí. Sigamos adelante con esto.

Volvamos a las fuentes del río, al agua que simboliza la vida. En las fuentes de este país encontramos otra palabra, que designa el curso emprendido por el pueblo sursudanés el 9 de julio de 2011: *República*. Pero, ¿qué quiere decir ser una *res publica*? Significa reconocerse como *realidad pública*, es decir, afirmar que el Estado es de todos; y, por tanto, que quien, en su seno, asume responsabilidades mayores, presidiéndolo o gobernándolo, está obligado a ponerse al servicio del bien común. Este es el propósito de la autoridad: servir a la comunidad. La tentación que está siempre al acecho es servirse de ella para alcanzar los propios intereses. No basta por tanto llamarse República; es necesario serlo, a partir de los bienes primarios. Que los abundantes recursos, con los que Dios ha bendecido esta tierra, no se reserven a unos pocos, sino que sean prerrogativa de todos, y que los planes de reactivación económica se correspondan con proyectos dirigidos a una eua distribución de las riquezas.

Para la vida de la República es fundamental el desarrollo democrático. Este tutela la benéfica distribución de los poderes públicos, de modo que, por ejemplo, quien administra la justicia pueda ejercitarla sin condicionamientos por parte de quien legisla o gobierna. La democracia presupone, además, el respeto de los derechos humanos, custodiados por la ley y por su aplicación, y específicamente presupone la libertad de expresar las propias ideas. En efecto, es necesario recordar que *no hay paz sin justicia* (cf. S. Juan Pablo II, *Mensaje para la celebración de la XXXV Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2002), pero también que *no hay justicia sin libertad*. Por tanto, se debe conceder a cada ciudadano y ciudadana la posibilidad de disponer del don único e irrepetible de la existencia con los medios adecuados para realizarlo. Como escribía el Papa Juan, el hombre tiene «derecho a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida» (S. Juan XIII, Carta enc. *Pacem in terris*, 11).

El río Nilo, dejando las fuentes, después de haber atravesado algunas zonas escarpadas que crean cascadas y rápidos, una vez que entra en la llanura sursudanese, precisamente en los alrededores de Yuba, se hace navegable, para después adentrarse en zonas más pantanosas. Análogamente, espero que el itinerario de paz de la República no proceda entre altos y bajos, sino que, desde esta capital, se vuelva transitable, sin quedarse empantanado en la inercia. Amigos, es tiempo de pasar de las palabras a los hechos. Es tiempo de pasar página; es tiempo de *compromiso* en favor de una transformación que es urgente y necesaria. El proceso de paz y de reconciliación requiere un nuevo impulso. Que se entienda y se lleve adelante el acuerdo de paz, así como la hoja de ruta. En un mundo marcado por las divisiones y los conflictos, este país

acoge una peregrinación ecuménica de paz, que constituye una rareza; ojalá represente *un cambio de marcha*, la ocasión para que Sudán del Sur vuelva a navegar por aguas tranquilas, reanudando el diálogo sin falsedades y oportunismos. Que sea para todos una ocasión para *relanzar la esperanza*, no sólo para el gobierno, sino para todos; que cada ciudadano pueda comprender que ya no es tiempo de dejarse llevar por las aguas malsanas del odio, del tribalismo, del regionalismo y de las diferencias étnicas. Hermanos y hermanas, es tiempo de navegar *juntos* hacia el futuro, juntos. Esta palabra no se debe olvidar: juntos.

El cauce del gran río nos sigue ayudando, sugiriéndonos la modalidad. En su recorrido, junto al lago No se une a otro río, dando vida al denominado Nilo Blanco. La límpida claridad de las aguas brota, por tanto, del *encuentro*. Este es el camino, hermanos y hermanas: respetarse, conocerse y dialogar. Porque, si detrás de cada agresión hay rabia y rencor, y detrás de cada rabia y rencor está el recuerdo de heridas, humillaciones y errores que no se han sanado, la única ruta para salir de ahí es el encuentro, la cultura del encuentro: acoger a los demás como hermanos y darles su espacio, incluso sabiendo dar un paso atrás. Esta actitud, esencial para los procesos de paz, es indispensable también para el desarrollo cohesionado de la sociedad. Y para pasar de la barbarie del enfrentamiento al civismo del encuentro es decisivo el papel que pueden y quieren realizar *los jóvenes*. Que se les aseguren por ello espacios de libertad y de encuentro donde reunirse y debatir; y donde puedan hacerse cargo, sin miedo, del futuro que les pertenece. Que se involucre más, incluso en los procesos políticos y decisionales, también a las mujeres, las madres, que saben cómo se genera y se conserva la vida. Que haya respeto hacia ellas, porque quien comete violencia contra una mujer, la comete contra Dios, que de una mujer tomó la carne.

Cristo, el Verbo encarnado, nos ha enseñado que cuanto más pequeños nos hacemos, dando espacio a los demás y acogiendo a cada prójimo como a un hermano, más grandes somos a los ojos del Señor. La joven historia de este país, desgarrado por los enfrentamientos étnicos, necesita reencontrar *la mística del encuentro*, la gracia de la comunidad. Es necesario mirar más allá de los grupos y de las diferencias para caminar como un único pueblo, en el que, como sucede en el Nilo, los distintos afluentes traigan riquezas. Fue precisamente a través del río que los primeros misioneros, hace más de un siglo, llegaron a estas costas; a ellos se unieron con el tiempo muchos cooperantes. A todos ellos quisiera agradecerles la hermosa obra que realizan. Pero también pienso en los misioneros, que lamentablemente encuentran la muerte mientras siembran la vida. No los olvidemos y no dejemos de garantizarles a ellos y a los cooperantes la necesaria seguridad; ni de respaldar sus obras de bien con los apoyos necesarios, de modo que el río del bien siga fluyendo.

Con todo, un gran río puede a veces desbordarse y provocar desastres. En esta tierra, lamentablemente, lo han experimentado muchas víctimas de inundaciones, a las que expreso mi cercanía, invitando a que no se les prive de las ayudas oportunas. Las calamidades naturales recuerdan una creación herida y destrozada, que de ser fuente de vida puede convertirse en amenaza de muerte. Es necesario hacerse cargo, con una mirada amplia, que tenga en el punto

de mira a las generaciones futuras. Pienso, en particular, en la necesidad de combatir la deforestación causada por el afán de conseguir más ganancias.

Para prevenir los desbordamientos de un río es necesario mantener limpio su lecho. Dejando de lado la metáfora, la limpieza que el curso de la vida social necesita es *la lucha contra la corrupción*. Tráficos inicuos de dinero, tramas ocultas para enriquecerse, negocios clientelares, falta de transparencia: este es el fondo contaminado de la sociedad humana, que impide que los recursos necesarios lleguen donde es más necesario; en primer lugar, para combatir la pobreza, que constituye el terreno fértil en el que se enraízan odios, divisiones y violencia. La urgencia de un país civilizado es hacerse cargo de sus ciudadanos, en particular de los más frágiles y desfavorecidos. Pienso sobre todo en los millones de desplazados que viven aquí. Cuántos de ellos han tenido que dejar su casa y se encuentran relegados en los márgenes de la vida luego de enfrentamientos y migraciones forzadas.

Con el fin de que las aguas de vida no se transformen en peligros de muerte es fundamental dotar a un río de diques adecuados. Esto vale también para la convivencia humana. En primer lugar, debe detenerse el tráfico de armas que, a pesar de las prohibiciones, continúan llegando a muchos países de la zona y también a Sudán del Sur. Aquí se necesitan muchas cosas, pero ciertamente no hay ninguna necesidad de más instrumentos de muerte. Otros diques son imprescindibles para garantizar el curso de la vida social; me refiero al desarrollo de adecuadas políticas sanitarias; a la necesidad de infraestructuras vitales; y, de modo especial, al papel primordial de la alfabetización y de la instrucción, único camino para que los hijos de esta tierra tomen las riendas de su futuro. Ellos, como todos los niños de este continente y del mundo, tienen derecho a crecer teniendo en sus manos cuadernos y juguetes, y no herramientas de trabajo y armas.

El Nilo Blanco, finalmente, deja Sudán del Sur, atraviesa otros estados, se encuentra con el Nilo Azul y llega al mar. El río no conoce fronteras, sino que une territorios. De modo similar, para alcanzar un desarrollo adecuado es esencial, hoy más que nunca, cultivar las relaciones positivas con otros países, comenzando por los circundantes. Pienso también en la preciosa contribución de la comunidad internacional en lo que respecta a este país. Expreso mi reconocimiento por el esfuerzo dirigido a favorecer la reconciliación y el desarrollo del mismo. Estoy convencido de que, para aportar subsidios provechosos, es indispensable una comprensión real de las dinámicas y de los problemas sociales. No basta observarlos y denunciarlos desde el exterior; es necesario implicarse, con paciencia y determinación y, más en general, resistir la tentación de imponer modelos preestablecidos que, por el contrario, son extraños a la realidad local. Como dijo [san Juan Pablo II hace treinta años en Sudán](#): «Hay que hallar soluciones africanas para los problemas africanos» (*Discurso durante la Ceremonia de bienvenida*, 10 febrero 1993).

Señor Presidente, distinguidas Autoridades, siguiendo el itinerario del Nilo he querido adentrarme en el camino de este país que es tan joven como querido. Sé que algunas de mis expresiones

pueden haber sido francas y directas, pero les ruego que crean que esto nace del afecto y de la preocupación con la que sigo vuestras vicisitudes, junto a los hermanos con los que he venido hoy aquí, peregrino de paz. Deseamos ofrecerles de corazón nuestra plegaria y nuestro respaldo para que Sudán del Sur se reconcilie y cambie de ruta; para que su curso vital no se detenga ante el aluvión de la violencia, obstaculizado por los cenagales de la corrupción ni frustrado por el desbordamiento de la pobreza. El Señor del cielo, que ama esta tierra, le conceda un nuevo tiempo de paz y de prosperidad. Que Dios bendiga la República de Sudán del Sur. Gracias.